

marido, aunque me mire V. con ese aire de duda, le aseguro que mis proyectos se realizarán, y mi hija se casará pese á quien pese. Lo oyes Berta... no tienes más que hacer que tomarle, como quien dice... y si quieres que viva tu madre, te ruego que no le dejes escapar.

Saturnino parecía no oír, miraba con afán debajo de la mesa. Berta hizo una seña á su madre para que callase, pero Mad. Joserand le hizo otra á su vez como dando á entender que el loco desaparecería.

La joven murmuró:

—¿Con que ahora es resueltamente el elegido M. Vabre? Lo mismo me da... ¡Y pensar que no me han guardado ni un mal sandwich!

IV.

Desde el siguiente día Octavio se dedicó á Valeria. Averiguó sus costumbres, supo á qué hora podría tener probabilidades de hallarla en la escalera y se las compuso del mejor modo para proporcionarse el deseado encuentro, aprovechando el almuerzo que hacía en casa de Campardon, ó escapándose con cualquier pretexto de la tienda en donde desempeñaba el cargo de primer dependiente. No tardó en saber que todos los días á cosa de las dos, si el tiempo lo permitía, salía la señora de sus pensamientos con su niño é iba por la calle Gaillon al jardín de las Tullerías. Desde entonces miraba al cielo, y en el momento oportuno se situaba en la puerta de la tienda para esperarla, y la saludaba al paso con una de sus más galantes sonrisas de hortera. Valeria respondía á estos

saludos con un fino movimiento de cabeza, y sin detenerse, pero el joven miraba brillar sus ojos y hallaba estímulo en la expresión lánguida del rostro de la bella y en el balanceo de su talle.

Ya tenía formado su plan, un plan atrevido de seductor acostumbrado á dominar la virtud de sus compañeros de oficio. Trataba pura y simplemente de llevar á Valeria á su habitación, al cuarto piso; la escalera desierta y solemne siempre, permitiría que no los descubrieran, y ante la expectativa de este triunfo se reía Octavio de las morales recomendaciones del arquitecto á las cuales no faltaría, toda vez que no se trataba de llevar mujeres de fuera, sino de apoderarse de una de la misma casa.

Una cosa le inquietaba sin embargo. La cocina de los Pichon, estaba separada del comedor por el pasillo, lo que les obligaba á dejar abierta muy á menudo la puerta de su cuarto. A las nueve se iba el marido á la oficina y no volvía hasta las cinco; tres veces por semana, se iba también después de comer, y no regresaba hasta las doce de la noche. Por lo demás, en cuanto la joven esposa sentía los pasos de Octavio, cerraba la puerta, mostrándose muy reservada y casi salvaje.

Él no descubría más que su espalda, y para eso escapándose. Hasta entonces no había descubierto á través de aquella discreción más que muebles de caoba limpios y tristes, sábanas blancas puestas á airear, el ángulo de una cama, todo de una monótona soledad acusando la existencia de una mujer entregada día y noche á los quehaceres domésticos. Ni el menor ruido oía: el niño parecía mudo y fatigado como su madre: apenas de vez en cuando se escuchaba el rumor de algún cántico moribundo que ésta exhalaba para dormir á la criatura. Pero no por eso dejaba de molestar á Octavio aquella mujer, que sin duda alguna le espionaba; y si la puerta de los Pichon estaba tan frecuentemente abierta, era imposible que Valeria subiese á visitarle.

No por eso desperdiciaba las ocasiones. Un domingo, estando ausente el marido, arregló las cosas del mejor modo posible y se halló en la escalera en el momento en que Valeria en bata y peinador salía del cuarto de su cuñada para dirigirse al suyo. Con este motivo se saludaron. Octavio pensó que al segundo encuentro entraría en su casa con cualquier pretexto, y después... tratándose de una mujer tan ardiente, el triunfo era seguro.

Aquella noche se habló de Valeria en casa de los Campardon durante la comida. Octavio procuraba saber pormenores de la vida de aquella mujer, pero como Angelita escuchaba, dirigiendo maliciosas miradas á Lisa que con la mayor seriedad servía la mesa, el arquitecto y su mujer tributaron á su vecina los mayores elogios. Campardon proclamó ante todo y sobre todo la *respetabilidad* de la casa, con una convicción de inquilino vanidoso, y como si contribuyera á su honra personal.

—¡Oh, amigo, son una familia excelente!... dijo. Ya los visteis en casa de los Josserand. El marido no es un zote, tiene ideas magníficas y acabará por hallar algo de provecho. Y lo que es su mujer tiene *carácter*, como decimos nosotros los artistas.

Mad. Campardon, que sufría más que de ordinario de sus achaques, recostada en la silla, aunque su enfermedad no le impedía comer sendas lonjas de carne, dijo á su vez con su habitual languidez:

—El pobre Teófilo está como yo... no disfruta de buena salud... Y en verdad que su mujer merece elogios, porque no es nada agradable tener al lado un hombre siempre enfermo y por lo mismo con un genio endablado.

A los postres, supo Octavio más de lo que deseaba. Olvidándose de Angela, marido y mujer, pronunciaban medias palabras, se guiñaban el ojo y acentuaban ciertas frases llegando hasta á terminar algunas de éstas al oído del joven cuando faltaba la mímica á su expresión. En suma, Teófilo era un canalla y por añadidura inservible para cumplir sus deberes, y merecía cuanto su mujer hacía para indemnizarse. Por lo demás, la virtud de Valeria no era muy sólida, aunque su marido hubiera tenido otras condiciones habria observado la misma conducta, por efecto de su naturaleza. Nadie ignoraba, que dos meses después de su boda, desesperada al ver que no tendría familia y temerosa de perder la parte que de otro modo le correspondería en la herencia del viejo Vabre, se había ingeniado obteniendo lo que deseaba, es decir, su hijo Camilo de un carnicero de la calle de Santa Ana.

Campardon añadió al oído de Octavio:

—En fin, ya puede V. imaginar, le dijo, lo que dará de sí una mujer histérica.

Y acompañó esta frase de una sonrisa en la que la lascivia se hacía paso á través de la hipocresía de un hombre que quiere parecer lo que no es. Angela bajó los ojos procurando no mirar á Lisa para no reirse y

aparecer ante sus padres como si nada hubiese oído. Poco después se habló de los Pichon y no faltaron elogios para los vecinos del piso cuarto.

— ¡Oh! ¡esos sí que son buenos! exclamó Mad. Campardon. Alguna que otra vez cuando sale María con su pequeñuela, me complazco en que Angela vaya con ella y le aseguro á V., M. Mouret, que yo no confío mi hija á cualquiera: necesito estar plenamente persuadida de la moralidad de las personas. ¿No es verdad, Angela, que tú quieres mucho á María?

— Sí, mamá, respondió la niña.

La conversación continuó. Era imposible hallar una mujer mejor educada, con principios más severos. Así no era extraño que su marido se considerase como el hombre más feliz de la tierra. Formaban un matrimonio tan igualito, se querían tanto, que no se oía en su casa una palabra más alta que otra.

— Si así no fuera, dijo gravemente el arquitecto olvidando las confidencias que acababa de hacer respecto de Valeria, no les consentirían vivir en la casa. Aquí no queremos más que gente honrada... y yo aseguro que me mudaría el día que mi hija estuviese expuesta á encontrar en la escalera gente de mal vivir.

Aquella noche debía llevar Campardon al teatro de la Ópera cómica con el mayor sigilo á la prima Gasparina, y levantándose para coger el sombrero anunció que tenía que evacuar un asunto importante y que volvería tarde. Su mujer debía estar enterada porque Octavio oyó que decía en voz baja á su marido cuando éste fué á imprimir en su frente el ósculo de costumbre:

— Que te diviertas, amor mío, y ten cuidado de no enfriarte á la salida.

Al día siguiente concibió Octavio la idea de poner de su parte á Mad. Pichon presándole servicios de buena vecindad. De este modo, si por casualidad sorprendía alguna vez á Valeria, cerraría los ojos. Aquella misma noche le deparó la suerte una ocasión. Mad. Pichon, paseaba á su niña, que tenía entonces diez y ocho meses, en un cochecito de mimbre que ponía de un humor endiablado al portero M. Gourd. Jamás este autócrata había consentido que subieran el cochecito por la escalera principal, y tenía que subirlo la complaciente mamá por la de servicio. Pero como la puerta del cuarto era por allí muy estrecha, necesitaba Mad. Pichon quitar las ruedas al vehículo, lo cual la proporcionaba trabajo y molestia. Precisamente aquella tarde, ya al anochecer volvía

Octavio á su casa al mismo tiempo que la mamá se veía muy apurada para quitar las ruedas al cochecito, y su apuro llegó al colmo al ver que su faena impedía el paso al vecino.

—Pero señora, le dijo, ¿por qué se toma usted ese trabajo? Más fácil y sencillo sería que dejase V. el cochecito sin desarmar al final del corredor detrás de mi puerta.

Su excesiva timidez no permitió á madame Pichon articular frase alguna, pero Octavio notó que desde el cuello á la frente se encendía su cutis por momentos.

—Aseguro á V., señora, que no me molestará lo más mínimo.

Y sin esperar más cogió el coche y lo llevó al sitio designado. Ella debió ayudarle; pero estaba tan emocionada, tan conmovida por aquella aventura, considerable en su vida, sedentaria de todos los días, que le dejó obrar no pudiendo hacer otra cosa que articular á medias algunas frases vulgares.

—¡Válgame Dios... caballero!... se molesta V... siento en el alma... Va á estorbarle á V... Mi esposo se lo agradecerá...

Y sin decir más entró en su cuarto con la niña y cerró la puerta herméticamente poseída de un fuerte acceso de vergüenza. El cochecito colocado al final del corredor mo-

lestaba mucho al joven, no podía abrir del todo la puerta y tenía que entrar y salir de medio lado. Pero su vecina parecía conquistada con aquel rasgo de galantería, tanto más, cuanto que M. Gourd, gracias á la influencia de M. Campardon, tuvo á bien autorizar el acto que sin su permiso había realizado Octavio.

Los padres de Maria, M. y Mad. Vuillaume, iban á almorzar con ella los domingos. El primero de estos días, vió Octavio al pasar á toda la familia tomando el café, y apresuró el paso por discreción cuando la joven mamá habló al oído á su marido y éste se apresuró á salir á la puerta exclamando:

—Caballero, dispéñseme V., paso casi todo el día fuera de casa, y por eso no he tenido aún el gusto de ir á dar V. las gracias; pero me complace en aprovechar esta ocasión para manifestarle mi gratitud...

Octavio contestó que lo que había hecho no valía la pena de recordarlo, pero M. Pichon insistió y hasta logró decidirle á entrar en su casa y tomar una taza de café. Para hacerle los honores en toda regla, le colocaron en medio de M. y Mad. Vuillaume. Enfrente de él estaba María, presa de uno de los accesos de rubor tan frecuentes en ella, que á cada instante y sin motivo apa-

rente, parecía que toda la sangre se le agolpaba en la cara. El joven que hasta entonces no había podido contemplarla bien, la miró á sus anchas. Pero como decía Troublot, no era su bello ideal: le parecía vulgar, sin expresión, sin atractivos, por más que sus facciones eran finas y bonitas. Cuando la pobre se serenó un poco, tuvo algunas sonrisas al hablar del cochecito.

—Julio, decía... ¡si hubieras visto con qué ligereza cogió este caballero el coche!

Pichon le dió de nuevo las gracias. Era éste, hombre alto, delgado, enfermizo, como viviendo bajo el peso de la existencia mecánica de la oficina, pero mostrando en sus apagados ojos la resignación estúpida de los caballos de picadero.

—Por Dios no hablen ustedes de eso, dijo Octavio. Cualquiera diría al oírlos que había hecho alguna proeza, y no es así. Lo que sí es cierto, es que el café que me han dado ustedes es exquisito. Jamás lo he tomado mejor.

Mad. Pichon se ruborizó de nuevo, y tanto que hasta sus manos se pusieron encarnadas.

—No me la eche V. á perder, caballero, dijo su marido: el café es bueno, pero lo hay mejor; si V. lo pondera se va á henchir de vanidad.

—No haya miedo de que se envanezca, objetó Mad. Vuillaume. Desde los primeros años la hemos recomendado la modestia.

Los padres de Mad. Pichon eran pequeños y secos, muy viejos, muy arrugados, ella envuelta en un traje negro y él con una levita en la que se destacaba sobre un hojal una ancha cinta encarnada.

—Caballero, dijo éste á Octavio, me han condecorado á la edad de sesenta años el día en que obtuve mi jubilación, después de haber sido empleado durante treinta y nueve años en el Ministerio de Instrucción pública. Pues bien, aquel día solemne, comí con la mayor tranquilidad, como los demás días, sin que la vanidad me hiciese experimentar la más pequeña alteración en mis costumbres. Yo sabía bien que la cruz se me debía, y lo único que experimenté fué pura y simplemente un sentimiento de gratitud hacia el gobierno.

Y mirando á su yerno que como él había entrado en el Ministerio á los veinte años, expuso claramente su situación á Octavio. No tenía por qué ocultarla, podía vivir en una casa de cristal y deseaba que todo el mundo le conociera á fondo. Después de venticinco años de servicios, le ascendieron á cuatro mil francos, y le correspondía por

tanto cobrar dos mil de jubilación. Pero habiendo nacido su hija cuando ya no esperaban ni él ni su mujer tener familia, tuvo necesidad de trabajar más de lo regular. Por fortuna la niña estaba ya bien colocada y los dos vivían con alguna estrechez en Montmartre calle Durantin, porque allí no era la vida tan cara como en París.

—Tengo setenta y seis años, dijo para terminar, y lo único que deseo es que mi yerno lo pase siquiera como yo.

Pichon miraba la condecoración del viejo, silencioso y cansado. Si, aquella sería su propia historia si la suerte le favorecía. Él, era hijo de una frutera, que se había arruinado por hacerle bachiller al oír que todos del barrio decían que era un chico inteligente, y murió llena de deudas algunos días antes de su triunfo en la Sorbona. Después de pasar tres años trabajando en casa de un tío suyo, tuvo la fortuna de entrar en el Ministerio, y una vez allí esperando hacer carrera se casó.

—Cada cual cumple su deber como puede, murmuró, calculando mentalmente que aún le faltaban treinta y seis años para ser condecorado y obtener dos mil francos de retiro.

Después dirigiéndose á Octavio, añadió:

—Lo que más pesa son los hijos, no lo sabe V. bien.

—Yo lo creo, dijo ampulosamente madame Vuillaume, si nosotros hubiéramos tenido otro hijo, Dios sabe cómo lo habríamos pasado. Por lo tanto es necesario, Julio, que recuerde V. lo que le he exigido al darle por esposa á mi hija María: un solo vástago, uno solo, ó reñimos. Sólo los obreros pueden llenarse de hijos como las gallinas sin preocuparse de lo que cuesta este hijo. Es verdad que los echan á la calle para que se las busquen, pero esto parte el alma.

Octavio miró á María creyendo que aquel delicado punto de la conversación la ruborizaría en extremo; pero vió que por el contrario permaneció pálida y asintiendo á las teorías de su madre con la más serena ingenuidad.

El joven se aburría soberanamente, y no sabía cómo marcharse. Aquellas cuatro personas pasaban la tarde en el comedor, hablando de cuando en cuando de sus asuntos particulares. Alguna que otra vez jugaban al dominó.

Llegó el turno á Mad. Vuillaume de explicar sus ideas. Al cabo de un largo silencio y cuando ya parecía agotada la conversación, dijo:

—¿Y V., caballero, no tiene hijos? Ya los tendrá V. y sabrá V. entonces cuán grande es la responsabilidad que uno tiene, sobre todo las madres. Cuando mi hija vino al mundo tenía yo cuarenta y nueve años, edad en la que por fortuna sabe una ya cómo debe conducirse. Y los niños, menos mal, se crían solos como quien dice, pero las niñas... ¡Oh! ¡las niñas!... Y eso que yo tengo el consuelo de haber cumplido mi deber... ¡vaya si lo he cumplido!

Entonces explicó su plan de educación. La honestidad ante todo y sobre todo. Nada de juegos en la escalera, la niña siempre había estado en casa y custodiada de cerca, porque de otro modo se habría echado á perder. Las puertas y las ventanas siempre cerradas para evitar las corrientes de aire que llevan cosas feas de la calle á las casas. Al salir, jamás soltar de la mano á la pequeña y acostumbrarla á llevar los ojos bajos para librarla de los malos espectáculos. En cuanto á religión no se debía abusar, lo necesario para hacer de ella un freno moral. Después, cuando su hija creció, le puso profesoras: nada de colegios donde las inocentes se corrompen; y así y todo asistir á las lecciones, procurar que ignorase lo que debía ignorar, quitar los periódicos de su alcance y no de-

jar en sus manos un libro por un ojo de la cara.

—Una señorita, sabe siempre aunque no la enseñen más de lo necesario, añadió la anciana terminando su exposición de doctrinas.

Mientras que su madre hablaba, María con los ojos vagarosos, miraba en blanco. Las palabras de la buena señora le recordaban su cuartito siempre cerrado, las estrechas habitaciones de la casa de la calle Durantin, á la que no podía asomarse por nada del mundo. Su vida fué una infancia continua, prohibiciones que no comprendía, líneas que su madre borraba con tinta en los periódicos, lecciones muy espurgadas, preguntas inocentes de su parte que ponían en gran aprieto á sus maestras. Infancia dulce y sosegada había sido para ella lo que el invernadero para la flor. Puede decirse que había vivido en un sueño en el que las palabras y los hechos se habían convertido para ella en significaciones pueriles y aun después de casada, llena su mente de los recuerdos del pasado tenía siempre en los labios la sonrisa de un niño, y conservaba la ignorancia primitiva hasta dentro del matrimonio.

—No la creará V., caballero, añadió

M. Vuillaume, pero á los diez y ocho años aún no sabía mi hija lo que era una novela... ¿no es verdad Maria?

—Sí, papá.

—Yo poseo una obra de Jorge Sand muy bien encuadernada, y á pesar de los temores de su madre, me decidí á permitirle algunos meses antes de su casamiento que la leyera. Es *Andrés*, una novela sin peligros, de pura imaginación y que eleva el alma. Soy partidario de una educación liberal. La literatura tiene ciertamente algunos derechos... La lectura del citado libro produjo en ella un efecto extraordinario. Hasta de noche, durmiendo y todo, lloraba la pobrecita, lo que prueba que no hay nada mejor para comprender el genio que una imaginación pura.

—¡Era tan bello! murmuró la joven al mismo tiempo que sus ojos se animaban.

Pero Pichon manifestó que la que no había leído novelas antes de casarse podía y debía leerlas después, y Mad. Vuillaume se encogió de hombros. Opinaba de distinta manera la buena señora, no le gustaba la lectura y lo pasaba bien. Maria habló á continuación de la soledad en que vivía.

—Ya se ve, dijo, para no aburrirme cojo de vez en cuando algún libro. Bien es ver-

dad que mi marido es siempre quien los elige en el gabinete de lectura del Pasaje Choisseul... ¡Si al menos supiera tocar el piano!

Octavio que sentía la necesidad de decir algo para no parecer un convidado de piedra.

—¡Cómo, señora, exclamó, no toca V. el piano!

Sus padres alegaron que habían pasado por circunstancias difíciles, pero Mad. Vuillaume se apresuró á consignar que Maria tenía mucho oído y que cantaba con gran afinación desde muy pequeña. Cuando era soltera sabía unas romanzas muy bonitas, le bastaba oír cualquier melodía una sola vez para repetirla, y añadió que entre las dichas romanzas la que mejor se sabía era una canción española en la que una cautiva lloraba á su adorado. La decía con tal expresión según su madre, que era capaz de arrancar lágrimas á los corazones más empedernidos. Maria muy apesadumbrada extendiendo la mano hacia la habitación próxima donde dormía su pequeña, exclamó:

—¡Oh! yo juro que mi hija sabrá tocar el piano, aun cuando esto me cueste los mayores sacrificios.

—Procura ante todo educarla como nosotros te hemos educado, dijo Mad. Vuillau-

me con severidad. Y no es que condene la música, no por cierto; ya sé que desarrolla los sentimientos; pero ante todo vela por tu hija, apártala de los peligros diarios, haz que viva el mayor tiempo posible en la ignorancia.

Con este motivo volvió á exponer de nuevo sus teorías insistiendo en lo importante que eran las prácticas de la religión, y manifestando la conveniencia de las confesiones una vez al mes lo menos, la asistencia á los templos, todo bajo el punto de vista de las conveniencias sociales. Entonces Octavio que ya no podía resistir más aquella monserga, habló de un asunto que le obligaba á privarse de tan amena compañía. Estaba el pobre aburridísimo, y veía que todo prometía una conversación igual hasta la noche. Se escapó, pues, dejando á los Pichon y á los Vuillaume contarse alrededor de la mesa y enfrente de las tazas vacías, lo que se repetían siempre que estaban juntos desde hacía muchos años. Al saludar por última vez, María de pronto y sin motivo alguno se ruborizó.

Desde aquel día pasaba Octavio los domingos con la mayor rapidez por delante de la puerta de sus vecinos, sobre todo si oía las voces de M. y Mad. Vuillaume. Preocupába-

le en extremo la conquista de Valeria, que á pesar de las ardientes miradas de que se creía objeto, guardaba con él una reserva inexplicable, por más que viera en esta conducta un ardid de coquetería. Una tarde la encontró en el jardín de las Tullerías y le habló con la mayor tranquilidad del mundo de una tempestad que había habido el día anterior, con cuyo motivo se convenció de que era no sólo ducha sino muy dueña de sí misma. Pero no por eso abandonaba la escalera, espiando el momento oportuno de entrar en su casa y prometiéndose si lo conseguía ser hasta brutal.

María por su parte, cada vez que le veía se sonreía ruborizándose, y cambiaban saludos de buena vecindad. Una mañana al ir á almorzar, tuvo que verla porque el portero le rogó que subiera una carta que había llegado para ella y la halló en un grave aprieto. Había sentado sobre la mesa del comedor á su niña que estaba en camisita y procuraba vestirla.

—¿Qué le pasa á usted? preguntó Octavio.

—Nada... he tenido la mala idea de desnudarla porque decía que tenía pupa, y ahora no acierto á vestirla de nuevo.

El joven la miró con asombro.